



José Antonio Pascual. ACADÉMICO DE LA LENGUA Y EX VICEDIRECTOR DE LA RAE

“Me encantaría que mi Universidad apoyara el Diccionario Histórico”

Después de ocho años en el puesto, el lingüista salmantino acaba de dejar, por imperativo legal, el cargo de vicedirector de la RAE, labor que ha desarrollado con “satisfacción”, pero que deja con “alivio”, pues así dispondrá de más tiempo para dedicarse como académico a su trabajo al frente del Diccionario Histórico

JOSÉ Á. MONTERO

DESEMBARCÓ en el seno de la Real Academia Española (RAE) en 2002 y cinco años después (2007) era elegido vicedirector con el objeto de cubrirle las espaldas al director, cargo ocupado en aquel momento por Víctor García de la Concha. Tras ocho años en el cargo, le ha llegado el momento de dejarlo y dedicarse íntegramente a su gran proyecto: poner en marcha el Diccionario Histórico de la Lengua Española, trabajo en el que José Antonio Pascual lleva embarcado trece años y que, según reconoce, no verá concluido.

—Han sido ocho años como vicedirector de la RAE. ¿Satisfecho del trabajo desarrollado?

—Sí. La verdad es que me he preparado todo lo que he podido para ser un filólogo discreto, pero no para ser un buen gestor. También he de reconocer que es un cargo muy sencillo, pues la única función es la de sustituir al director y ya está, nada más. No tiene un papel particularmente relevante, pero hay que estar.

—Entonces, ¿en qué ha consistido realmente su labor?

—En nada. La Academia tiene una estructura muy tradicional. El director es el que gestiona la institución y el vicedirector le sustituye. No es un sistema de distribución de funciones, sino que es pura sustitución. Y no hay más.

—Es decir, que sólo estaba operativo cuando faltaba el director.

—Claro. O cuando él me pudiera encargar alguna cosa. Nuestro trabajo es sobre la Lengua, tan sencillo como eso. Es un cargo que no tiene ninguna trascendencia, salvo que te pueda tu vanidad.

—¿Le hubiese gustado continuar en el puesto?

—Aunque me hubiese gustado continuar, que no quería, hubiese tenido el problema de que los estatutos no permiten seguir. Si me hubiera empeñado, tendría que haber dado un golpe de estado (risas). No. Creo que ocho años está bien. En eso la Academia es muy sabia, pues va poniendo plazos y a medida que te vas haciendo mayor tienes que ir dando paso a los jóvenes, que sean ellos quienes tomen las riendas.

—¿Ocho años es tiempo suficiente?

—Sí. Tal vez yo me he dejado llevar por lo que se hacía normalmente y el nuevo puede tener otras ideas e ir por otro camino.



José Antonio Pascual, académico de la Lengua y ex vicedirector de la RAE.

El que haya coto de tiempo es fundamental. Y no lo digo con resignación, sino encantado de la vida.

—¿Dejar el puesto ha sido, por tanto, una liberación?

—Sí, sí. Cada uno debe saber hasta dónde puede llegar. Mi nivel mayor de incompetencia es la vice; yo fue vicerrector en Salamanca, vicerrector en la Carlos III y vicedirector en la Academia. Son las cotas más altas a las que mi incompetencia ha podido llegar. Cuando uno es realmente competente en algo lo suben hasta que llega a un nivel de incompetencia. Y mi nivel de incompetencia está ahí. Esta no es una empresa complicada de gestionar, aunque sí hay que trabajar. No tienes que ser una persona especial.

—¿No ha llegado el momento de romper con esa barrera y aspirar a la dirección de la RAE?

—Eso ya es imposible, salvo que me volviera loco y no lo creo. Soy consciente de mis limitaciones.

—¿Y si resulta elegido?



Trabajador infatigable

Desde su llegada a la Real Academia, José Antonio Pascual se ha convertido en un currante de la institución y ahora, que ya está jubilado, su implicación es mayor, si cabe. Aunque no va todos los días, sí reconoce que son muchas las horas que echa en la entidad. “A diferencia de un laboratorio de química, el filólogo necesita muchas horas de mesa y eso se puede hacer en la RAE o en casa”, afirma Pascual, para quien trabajar con las palabras se ha convertido en un “vicio maravilloso”.

—Te pueden elegir, pero cuando saben que no te dejas, no creo que lo hicieran. Tiene que ser una persona que quiera salvar a la patria, pero aquí no hay nada que salvar.

—¿No le da algo de pena dejar el cargo y perder autoridad?

—Para nada. Tengo 73 años, yo ya no puedo meterme en proyectos muy fuertes porque no me ampara el hecho de que me vaya a conservar lúcido quince años más. En este caso me tengo que hacer avaro para disponer del mayor tiempo posible para trabajar en aquello que sé, y lo que sé es estudiar la historia de las palabras. Yo no voy a ver terminado el Diccionario Histórico.

—¿Ya lo tiene claro?

—Falta mucho tiempo para concluirlo. Me conformo con dejarlo muy bien encarrilado. Ese es el horizonte que tengo, pues no tengo más vicios que éste.

—¿Este diccionario se está retrasando más de lo previsto?

—No se está retrasando, lo que pasa es que sí necesito 140 personas para trabajar en él y solo tengo 3, es difícil que se avance. No tengo medios. No puedo pretender hacer en tres años, en diez o en quince con cuatro personas un diccionario que en otras lenguas se ha hecho en cien años o en cincuenta, pero se ha hecho con 100 personas, con 140 o con 60. No puedo pretender saltar por encima de mis posibilidades. Lo que sí está claro es que el método que tiene, la herramienta informática creada, los materiales que disponemos son una auténtica novedad. En este momento hay ya unas 1.300 palabras, no deja de ser un 2,5% de lo que tenemos que estudiar. Se ha hecho mucho en poco tiempo y con tan pocos medios. Por tanto, no estoy hablando de un posible diccionario, sino de un diccionario que ya existe y que lleva el camino que puede llevar.

—¿Con este ritmo de trabajo cuántos años se emplearían para su conclusión?

—Con este ritmo de trabajo no calculo siquiera años. Con cuatro personas no es posible finalizarlo. Una persona puede hacer de promedio unas 200 palabras al año. Ese es el cálculo. Más no se pueden hacer. Si tuviera las posibilidades económicas y contara con 12 lexicógrafos, el avance sería decisivo. Pero nuestra sociedad prefiere hacer poesía sobre el español, qué guapo es el español, cómo nos quiere, cómo nos queremos, cómo somos la lengua más bonita del mundo... pero, en cambio, la socie-

dad no entiende que para hacer una obra que no tiene nuestra lengua, pero que la tienen otras (alemán, francés, inglés...) hay que invertir. Me hace mucha gracia cada vez que voy a un sitio y me dicen que nuestra lengua es la mejor del mundo y cómo la queremos, pero no tenemos un diccionario histórico, les digo yo, y entonces miran para otro lado. No me alaben ni me piropees, ayúdame. Alguien tendrá que apoyar este proyecto.

—¿Tan necesario es?

—El diccionario histórico es imprescindible para nuestra lengua. Es necesario para poder entender los textos del pasado, incluso para poder entender nuestra manera de hablar actual. La gente se queda tan tranquila y no hace nada.

—¿Haría falta un compromiso de las administraciones o también de la iniciativa privada?

—De quienes quieran, incluso de las dos. Hasta la Junta de Castilla y León podría prestar su apoyo. De los cuatro colaboradores que tengo hay uno que lo paga el gobierno de La Rioja. Podría llegar la ayuda de las estancias estatales, de las universidades, de los empresarios, de los promotores... de alguna parte tendría que llegar. En un momento hubo una financiación estatal pero con el tema de los recortes se suspendió. No porque se estuviera haciendo mal, sino porque dijeron que no había dinero. Esa es la situación.

—¿Vive tranquilo ahora mismo en este proyecto?

—Solo. Ya he dejado también las clases, pues a los 73 años si intento dar clases me matan, porque soy un jubilado. Las mejores clases son las que recibo de mis colaboradores y lo que aprendo con ellos.

—De cara al 2018, con el VIII Centenario de su Universidad, ¿se está preparando algo especial desde la Academia?

—Creo que ha habido algún contacto entre el rector y el director de la RAE. A mí me encantaría que mi Universidad apoyara el Diccionario Histórico. Esa sería también una vía hasta de colocación de licenciados salmantinos. En menos de 25 años no podrá ser una realidad este diccionario, incluso con apoyos. Para mí es como un hijo. Entiendo que para algunas personas no sea necesario, pero cuando esas personas tienen que recurrir al Oxford para enterarse de las cosas de su propia lengua, no sé si se dan cuenta de que ese es un problema. Es difícil encontrar fondos.